

Católicos inspirados en la teología de la liberación redefinen su identidad

Raquel Pastor*

Actualmente los cristianos inspirados en la teología de la liberación están en diversas iniciativas ciudadanas que intentan atender problemas de pobreza rural y urbana, en organismos civiles que trabajan a favor de los derechos humanos, de las mujeres, la tercera edad, los pueblos indígenas y los niños, en instituciones educativas, de comunicación, de apoyo jurídico, impulsando cajas de ahorro y crédito, en búsqueda y construcción de proyectos de desarrollo sustentables, en redes ciudadanas, en movimientos internacionales; muchos están en diversas universidades del país; hay quienes colaboran con gobiernos de izquierda y quienes con gobiernos del Partido Acción Nacional, a niveles municipal, estatal y federal, como alcaldes, regidores, síndicos, jueces de paz, promotores sociales y educadores, en la dirección de programas gubernamentales de atención a la pobreza, a la niñez, a la mujer, a la tercera edad; en organismos autónomos electorales y de derechos humanos..

La alternancia en la Presidencia de la República en el año 2000 significó el fin de la batalla común en contra del régimen que impulsó durante las últimas décadas un modelo económico que no podía revertir el incremento de la pobreza y que impedía, entre otras cosas, procesos electorales limpios. La posibilidad real de que el candidato del Partido Acción Nacional para la Presidencia obtuviera la mayoría de los votos, y las dificultades para que sucediera lo mismo con Cuauhtémoc Cárdenas, dividió profundamente las posiciones de los cristianos

progresistas en el proceso electoral de ese año 2000. El triunfo de Vicente Fox del Partido Acción Nacional como Presidente de la República, y de Andrés Manuel López Obrador del Partido de la Revolución Democrática en la Jefatura de Gobierno del D. F., dividió aún más a este sector. De manera que, sin proyectos comunes como lo fueron el socialismo y la consecución de procesos electorales limpios organizados por organismos autónomos, sin el enemigo común en el poder, esto es, el PRI, se abrieron las opciones incluso en posiciones encontradas.

Actualmente los cristianos inspirados en la teología de la liberación están en diversas iniciativas ciudadanas que intentan atender problemas de pobreza rural y urbana, en organismos civiles que trabajan a favor de los

derechos humanos, de las mujeres, la tercera edad, los pueblos indígenas y los niños, en instituciones educativas, de comunicación, de apoyo jurídico, impulsando cajas de ahorro y crédito, en búsqueda y construcción de proyectos de desarrollo sustentables, en redes ciudadanas, en movimientos internacionales; muchos están en diversas universidades del país; hay quienes colaboran con gobiernos de izquierda y quienes con gobiernos del Partido Acción Nacional, a niveles municipal, estatal y federal, como alcaldes, regidores, síndicos, jueces de paz, promotores sociales y educadores, en la dirección de programas gubernamentales de atención a la pobreza, a la niñez, a la mujer, a la tercera edad; en organismos autónomos electorales y de derechos humanos.

* Dra. en Ciencias Políticas y Sociales por la FCPys de la UNAM. Coordinadora del Diplomado en Explotación Sexual Comercial Infantil y profesora de asignatura de la Universidad Iberoamericana-Santa Fe. Directora de Infancia Común A. C.

Ante la diversidad de opciones laborales y políticas de cristianos de esta corriente, resulta interesante preguntar qué les da identidad actualmente, cómo han manejado sus rupturas y si esto ha afectado su identidad religiosa.

Para ello, presentamos aquí el resultado de la reflexión que en 2005 llevó a cabo el Grupo Interdisciplinario de Teología, Análisis y Reflexión (GITAR) compuesto por aquellos jóvenes de las décadas de 1970, 1980 y 1990 que, motivados por la teología de la liberación, se incorporaron al ámbito de lo público para transformar las situaciones de injusticia social y construir un país y un continente más justo y democrático.

Redefiniendo la identidad

En las décadas de 1970, 1980 y 1990, la opción preferencial por el pobre significó para muchos de los miembros del GITAR la búsqueda de un mundo más justo y libre que posibilitara el Reino de Dios. El socialismo era visto como una aproximación a ese Reino. De ahí que el desarrollo profesional se diera en vinculación con la participación política y a favor de las luchas latinoamericanas, que hacían creer que el cambio social era una cuestión de tiempo.

En esos años, los valores que orientaban a este sector eclesial eran: la justicia social, la libertad, la entrega absoluta, el compromiso, la solidaridad. Había que ser pobre y aprender de los pobres. De ahí los proyectos de inserción con trabajo popular que posibilitara con el tiempo el cambio social. Predominaba la seguridad de que cada uno era factor de cambio. La familia, sin embargo, estaba en un segundo plano. Frecuentemente las incoherencias respecto a los valores evangélicos a nivel personal se pasaban por alto porque las preocupaciones se centraban en la injusticia, considerada como pecado social, estructural.

Quienes fomentaron en estas personas estos valores fueron sus padres, en algunos casos los abuelos, en muchos, un grupo juvenil, los estudios, algunos sacerdotes, los periódicos, ciertos libros, la música, la poesía, la pintura latinoamericanas, las luchas armadas, el terremoto de 1985, los movimientos centroamericanos, viajar y conocer diversas culturas, los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, la realidad de los barrios. Resultaron determinantes en sus proyectos los Evangelios, el sufrimiento de Jesús y el pueblo. Por ello, entonces rechazaron las expresiones del capitalismo, el mundo material, el consumismo. No entraba en sus expectativas la conformación de un patrimonio. Había que ser pobre con los pobres. Había también una gran disposición al sacrificio, el

compromiso era radical y por ello no había espacio para lo personal y menos para lo familiar.

Sin embargo, a lo largo de los años han transitado por diversos procesos que los transformaron. De hecho se descubrieron en un camino en permanente transformación. Algunos hechos significativos que modificaron los proyectos de vida inicial son:

- Los grandes cambios sociales como el fin del socialismo real y las revoluciones latinoamericanas.
- Ver que a los pobres no sólo les interesa su condición social injusta, sino otros ámbitos de la vida como el afectivo, el lúdico, el de las tradiciones, etcétera.
- Encontraron en temas como los derechos humanos, el género, la autoestima, etcétera, herramientas a favor de la vida digna, que amplían su perspectiva.
- Cayeron en la cuenta de que si Dios es el Dios de la vida, no es exclusivamente el Dios de los pobres, aunque éstos sean prioritarios debido precisamente a que su condición niega la vida digna. Sin embargo este Dios también podría ser el Dios que inspira la ecología y otras apuestas.
- Muchos de ellos enfrentaron una decepción ante anteriores líderes religiosos, a pesar de que pudieron ser definitorios en sus principios y proyectos de vida.
- El ejercicio profesional en algunos casos redefinió los conceptos que anteriormente utilizaron como el de “justicia”.
- Muchos han sido testigos de la indiferencia ante los problemas reales de quienes tienen resuelta la vida y toman las decisiones.
- También advirtieron en los hijos de los cristianos muy comprometidos en lo social, un abandono no deseado para los propios y el fracaso de muchas parejas que significaron procesos contrarios al amor y profundamente tristes.
- Actualmente, esta generación tiene sus propios hijos y en algunos casos no cuenta con los recursos suficientes para su bienestar.
- Las dinámicas familiares propias y de los sectores con los que trabajan los han llevado a abordar los problemas de género.
- De manera que se encuentran buscando la coherencia de los valores sociales en la dinámica familiar.

En términos generales, se puede decir que esta comunidad cayó en la cuenta de que la fe se puede vivir de diversas maneras. Pretende, por tanto, revalorar el trabajo cotidiano aunque sin caer en la indolencia ante las nuevas

dinámicas sociales. Resulta interesante advertir que en lo eclesial se evidenció una experiencia ambivalente y no fue posible llegar a un consenso.

Las Comunidades Eclesiales de Base significaron para muchos la experiencia de un Dios cercano, al igual que la participación en grupos juveniles. Sin embargo, se enfrentaron con la institución por considerarla cómplice del status quo. Dejaron de creer en las estructuras, pero apostaron por una Iglesia-comunidad, doméstica, viva y cercana.

Las experiencias diocesanas de pastorales con los pobres, particularmente con los indígenas, enriqueció de manera importante las propias experiencias espirituales y teologías. Sin embargo, a todos desagrada la concepción de los sacerdotes como entes superiores, sagrados; así como el recurso de la manipulación, la búsqueda de poder, la actitud de superioridad, la marginación de la mujer. En fin, hay quienes en definitiva han renunciado a su identidad eclesial y quienes, a pesar de las críticas, encuentran un manantial espiritual fundamental.

Todo esto los ha llevado a redefinir sus principales apuestas. Como se verá, no han renunciado a su “principio y fundamento”, esto es, a la base de sus creencias, pero sí que han ellos cambiado:

“Seguimos teniendo fe en un Dios de vida y, por tanto, continuamos trabajando en la construcción de un mundo mejor, en el que sea posible que todos tengan cubiertas sus necesidades básicas y donde todos seamos libres. Pero ahora buscamos una sociedad tolerante, hemos revalorado el amor. También hemos incorporado otros principios como el perdón, a nosotros mismos, a la Iglesia, a los demás; la humildad, el respeto.

Si bien antes luchamos por la igualdad, ahora creemos en la igualdad en la diferencia y por eso hablamos de equidad. Antes teníamos seguridad, ahora tenemos esperanza, incluso escatológica.

Por tanto, la pregunta que actualmente guía nuestra vida es: ¿cómo mantener la opción por la justicia en armonía con la familia y la naturaleza? De manera que queremos seguir construyendo el Reino de Dios, pero consideramos que esto es posible desde diferentes frentes.

Creemos en el cambio personal para que sea posible el cambio colectivo. Han adquirido mayor relevancia nuestras familias, nuestros hermanos, nuestros amigos. Tenemos diversas apuestas nuevas como: la educación para la paz, la equidad de género, el mejoramiento de las condiciones de vida de los niños en condiciones vulnerables, la convivencia solidaria; el compromiso cotidiano por el mundo sin buscar el cambio social radical, sino el mejoramiento, desde lo

pequeño, en las actitudes, la alimentación, la alegría. Consideramos que el Reino de Dios no es sólo lo social, lo macro, sino lo cotidiano, lo micro.”

Como se puede ver, estos cristianos continúan trabajando en favor de los pobres, pero también consideran válida la buena vida. Incluso el placer es considerado como un don de Dios. Sin embargo, permanentemente se preguntan sobre los límites que deben mantener para ser coherentes en todos los ámbitos de su vida. Quieren “aceptar la voluntad de Dios” pero les resulta difícil descubrirla. Por ello recurren a la oración, a la soledad, a la pareja, que consideran la máxima intimidad, al cuestionamiento entre padres e hijos, a la vida comunitaria, a la vida social y a la política. En síntesis, pretenden actuar responsablemente con ellos mismos, la familia y la sociedad.

También buscan un cambio en la Iglesia, a favor de los excluidos en ella como los divorciados, los sacerdotes casados, los homosexuales, etcétera. Se autodescriben como “sedientos de espacios donde puedan nutrirse espiritualmente, incrementar y compartir la fe” y se ven en la necesidad de crearlos.

Finalmente afirman:

“Creemos en un mundo de legalidad y transparencia en la política y en la Iglesia.

Enfrentamos el reto de armonizar todos los círculos donde nos movemos. Mantenemos la esperanza de que es posible un mundo mejor pero con menor ingenuidad, con mayor realismo.”

Como se puede ver, todo les resulta más complejo que en sus orígenes. Por ello se proponen enfrentar los siguientes desafíos:

1. Construir espacios para la práctica de la fe. Tenemos hambre de espiritualidad. Nos proponemos ser tolerantes con diferentes formas de espiritualidad católicas, sin dejar de denunciar lo antievangélico.
2. Dar testimonio como cristianos y como ciudadanos.
3. Mantener una actitud de discernimiento para descubrir la voluntad de Dios.
4. Encontrarnos y vincularnos en algunos proyectos.
5. No confundir las mediaciones con el absoluto. El absoluto es el Dios del Reino que nos llama a todos los ámbitos donde se niega la vida.
6. No frivolar la vida.
7. Participar en la política y denunciar las injusticias. Renovar la política.

8. Cuidarse de la capacidad corruptible del poder y por tanto, no perder de vista que el poder es para servir. Aprender a ser gobierno.
9. Estar cerca de los amigos que están en el poder para acompañarlos e interpelarlos.
10. Recuperar el espíritu comunitario.

Conclusión

En esta reflexión podemos ver que la identidad de los católicos inspirados en la teología de la liberación no radica en un proyecto político ni en la convergencia por compartir visiones que apuntan al mismo obstáculo o enemigo. A pesar de que nacen de la crítica marxista al capitalismo y se adhieren a la izquierda socialista en sus orígenes, cuando esta opción pierde viabilidad, tanto el método (ver, juzgar y actuar) como la opción por los pobres, se mantienen. De manera que es la perspectiva ética a partir de la cual definen sus opciones, la que de principio a fin los identifica.

El escenario de la transición poco a poco se ha ido descomponiendo. En el actual contexto político, donde la evidencia de la corrupción a diversos niveles de gobierno dificulta vislumbrar un verdadero compromiso social desde los cargos públicos, el aporte ético de los cristianos inspirados en la teología de la liberación se vuelve particularmente pertinente.

Como hemos visto, los valores y las prácticas sociales en el interior de las iglesias no se entienden de una sola manera. Por el contrario, se da una gran diversidad al respecto. Si bien se comparte un núcleo de sentido que da una dirección o que puede ser consensuada, las experiencias históricas y culturales derivan en diversas éticas dentro de cada institución religiosa. Este último aspecto resulta difícil de acordar. De manera que no existe una única definición de ética cristiana ni, por tanto, una propuesta sociopolítica. Cada variante del cristianismo interpreta y propone un modo de vida que resulta de una particular concepción de la relación entre ética y fe. Como afirma el filósofo Marciano Vidal, el factor específico de la ética cristiana es la referencia a Jesús de Nazaret, pero ésta “ha sido expresada y vivida de muchas maneras en la tradición cristiana. La teología actual –agrega– la expresa preferentemente a través de categorías como: ‘seguimiento de Cristo’, ‘realización del reino de Dios’, ‘moral del amor’, etc.”¹ Este autor

explica las variaciones éticas en el cristianismo a partir de tres modelos:

- a) El que parte de la existencia de un orden natural “fijo e inmutable” que Dios apoya;
- b) El que plantea que todas las pautas de comportamiento están determinadas claramente en la Biblia, el magisterio eclesiástico o la predicación de los miembros del clero; y
- c) El que asegura que el Evangelio no es neutral y que el cristianismo debe ser beligerante en el proceso de liberación humana. A la propuesta ética que se deriva de este último modelo se le llama “ética de liberación” y es a la que nos referimos en este estudio.

A esta última perspectiva pertenece la Teología de la Liberación. Más allá del socialismo, esta perspectiva cristiana propone como utopía a realizarse aquí y ahora, un mundo de paz, amor y justicia considerado como el “Reino de Dios”. El socialismo sería, por tanto, un sistema que posibilitaría la aproximación a la utopía. En palabras de Max Weber, se trataría de un racionalismo ascético intramundano por ser una religiosidad que conoce un orden sagrado del mundo querido por Dios. El sociólogo advierte que precisamente en esta perspectiva religiosa es posible la revolución por la fe.

De hecho, desde la Teología de la Liberación, la ética cristiana se concibe como un discernimiento de la voluntad de Dios para definir la conducta humana ante la realidad social. Se trata de una ética que intenta responder, desde la libertad de obrar, a “sujetos históricos” en cada contexto, por ello intenta ser realista y posible.

Uno de los criterios fundamentales en esta ética es la responsabilidad. El teólogo Roy May define este concepto como la obligación de decidir y actuar frente a la realidad histórica, tomar en cuenta el significado de nuestras acciones y decisiones, asumir compromisos concretos, y responder de manera coherente con nuestra conducta.

Para Franz Hinkelammert, esta ética se distingue de una ética de principios porque intenta responder a contextos concretos y se evalúa según sus efectos. Esto significa que puede exigir el cambio del orden social cuando se ve amenazada la sobrevivencia humana. En cambio, la ética de principios puede llegar a ser inmoral en tanto preserve un orden social injusto.

Al respecto, el filósofo Marciano Vidal ha señalado que la ética cristiana no debe plantear normas concretas sino “indicaciones”:

¹ Vidal, Marciano, *La ética civil y la moral cristiana. Perspectivas básicas*, Dabar, México, 1996 p. 126.

En términos actuales diríamos que se trata no de una moral de la ley, sino de una moral de la responsabilidad; no tanto de una moral de actos cuanto de una moral de actitudes. En lugar de prescripciones detalladas, las exigencias de la fe deben conducir a una 'opción radical'².

Dado que los criterios que dan validez a la ética de la responsabilidad son los efectos concretos en la comunidad, algunos teólogos brasileños la han denominado "ética de la responsabilidad solidaria". De ahí que otros teólogos planteen que es solamente por medio de la acción que nuestras intenciones se materializan y demostramos realmente quienes somos, construimos nuestro ser y expresamos nuestra indignación como una práctica capaz de influir en la sociedad.

En este caso, las acciones no se refieren a acciones individuales sino sociales. Es decir, se trata de una responsabilidad que rompe con el individualismo: ser solidario significa colocarse en el lugar del otro, de los que son las mayores víctimas de los procesos sociales de exclusión, las minorías étnicas, las mujeres, los pobres, las generaciones futuras y la naturaleza, que también es víctima de la acción humana.

El trabajo en la defensa de los derechos humanos es natural desde esta perspectiva, porque el centro de la preocupación de la ética de la responsabilidad es la persona, por eso todos los seres humanos son reconocidos y respetados. También por ello busca construir un orden social en el que todos sean reconocidos y respetados. Esto es lo que lleva a una opción preferencial por los excluidos, los reprimidos y los discriminados, de manera que la ética de la responsabilidad evalúa las decisiones y acciones personales y sociales según su impacto en el bienestar de estos sectores.

Esta preocupación de la ética de la responsabilidad se basa en la exigencia del amor³. El reconocimiento y el respeto por la persona es lo que hace posible la solidaridad entre la diversidad.

Como se puede ver, desde la ética de la responsabilidad se vislumbra la justicia social, por eso demanda cambios profundos en el orden social que excluye grupos humanos; se opone a la falta de solidaridad y a la destrucción de la naturaleza y del futuro. Estas acciones son consideradas, precisamente, como irresponsables:

La norma suprema, y en el fondo la única, de conducta para el cristiano es la atención total a lo que otros necesitan y esperan; por los otros, en especial por los más débiles, el cristiano debe estar dispuesto a darlo todo⁴.

La política es un espacio de participación privilegiado para los laicos. Hay que recordar que en ello insiste el Concilio y, particularmente, la Teología de la Liberación. No en balde ésta fue precedida por la Teología Política de Metz. Estar abiertos al cambio, la oración o atención para el permanente discernimiento, la confianza en que Dios proveerá lo necesario, el hacer propio el sufrimiento de los pobres, esto es, tener compasión por su despojo, soportar las críticas y descalificaciones y redefinir el lugar de los cristianos en la política, serán algunos de los aportes de uno de los cristianos inspirados en esta perspectiva teológica más importantes en México, José Álvarez Icaza, quien a partir de su experiencia, propondrá en este terreno. Mucho se ha escrito desde esta escuela sobre la relación ética y política, sobre la necesidad de comprometerse con las luchas populares, de defender los derechos humanos, de participar en las organizaciones sin pretender satisfacer intereses particulares, de entender el poder como una forma de servicio, de incluir en la lucha política valores como el perdón, la fraternidad, la validez de las dimensiones personales y afectivas, el agradecimiento, la verdad, la tolerancia, la capacidad de autocrítica, la sinceridad, el amor a los adversarios, la esperanza, etcétera.

La izquierda no es, como afirma Enrique Semo, solamente una política o un movimiento, son también valores, formas de convivencia, sueños, recuerdos, íconos y, sobre todo, esperanzas. Cuando se entra en la izquierda, uno no asume solamente un programa político, sino que nos sumergimos en una cultura que existe y que se ha ido construyendo desde principios del siglo XX. "Esta subcultura, heterogénea, llena de rupturas y reconstrucciones, rica en matices regionales y gremiales, juega hasta hoy un papel muy importante en la cultura nacional." En este sentido resulta innegable el aporte de la propuesta ético-política de la Teología de la Liberación que, hoy por hoy, ha pasado a formar parte de la izquierda latinoamericana.

² Vidal 1996, p. 127.

³ Cfr. Vidal.

⁴ Vidal 1996, 128.